

DEL TEXTO AL GÉNERO. NOTAS SOBRE LA PROBLEMÁTICA GENÉRICA

JEAN-MARIE SCHAEFFER
C.N.R.S. París

De todos los campos en los que retoza la teoría literaria, el de los géneros es, sin ninguna duda, uno de aquellos en los que la confusión es mayor. Esto me parece que puede explicarse porque las teorías genéricas ponen de manifiesto a menudo de manera exacerbada algunas dificultades, incluso aporías, que estructuran numerosas teorías literarias.

1. Plantearé, para empezar, que la mayoría de las teorías genéricas no son verdaderamente teorías literarias, sino más bien teorías del conocimiento. Quiero decir con esto que su ámbito trasciende la teoría literaria propiamente dicha y aboca a debates de orden ontológico¹.

Toda teoría genérica conecta aparentemente con una pregunta definitiva, que tiene más o menos la forma siguiente:

(1) ¿Qué es un género?

Esta pregunta ha dado lugar a las más diversas respuestas: el género sería ya una norma, ya una esencia ideal, ya un modelo de competencia, ya un simple término de clasificación al cual no le correspondería ninguna productividad textual propia, etc. Pero lo que me ocupa aquí ahora no son tanto esas respuestas múltiples y divergentes, como el marco en el que, la mayoría de las veces (pero no siem-

Título original: «Du texte au genre. Notes sur la problématique générique», publicado en *Poétique* 53, 1983, págs. 3-18. Traducción de Antonio Fernández Ferrer. Texto traducido y reproducido con autorización del editor.

¹ Tesis defendida ya por Klaus Hempfer, *Gattungstheorie*, Munich, 1973. Sin embargo, las conclusiones a la que llega Hempfer son opuestas a las que propongo aquí.

pre ni obligatoriamente), éstas se formulan. La pregunta (1), efectivamente, no es, muy a menudo, nada más que una forma abreviada de la pregunta siguiente:

(2) ¿Cuál es la relación que vincula el (los) texto(s) con el (los) género(s)?

A simple vista esta reformulación parece inocente, porque, de una forma u otra, el término «género» parece ser el correlato por definir de ese otro término, supuestamente conocido, que sería el «texto». Sin embargo, esta reformulación corre el riesgo de estar sujeta a dos confusiones mayores. En primer lugar, mezcla dos preguntas diferentes que son, por una parte:

(2a) ¿Cuál es la relación que vincula los textos con los géneros? y, por otra:

(2b) ¿Cuál es la relación que vincula un texto dado con «su» género?

Señalaré más adelante en qué esta mezcla es el indicio de una confusión más fundamental. En segundo lugar, y es de lo que me voy a ocupar enseguida, la formulación (2), por su estructura sintáctica y semántica, amenaza desviar el debate genérico de forma subrepticia hacia la pregunta:

(3) ¿Cuáles son las relaciones entre los fenómenos empíricos y los conceptos?

Es cierto que el paso de (2) a (3) no es obligatorio, pero no lo es menos que la mayor parte de las teorías genéricas *de hecho* practican ese deslizamiento cuyo indicio más llamativo me parece que radica en que se empieza uno a hacer preguntas sin fin en cuanto a saber qué es, parodiando a Hegel, «más realmente real», los géneros o los textos individuales.

Ni que decir tiene que desde el momento en que se nos ha llevado de (1) a (3), ya está hecha la jugada, y la pelota pasa a los filósofos que corren el riesgo de ir volviéndose a pasar *ad infinitum*. Porque, a partir del momento en que el problema genérico es considerado como una especificación de (3), el debate sobre la teoría genérica se transforma en campo de batalla de la *disputa de los universales*, con sus protagonistas tradicionales, que son el realismo y el idealismo, sin olvidar al recién llegado, a saber, el constructivismo, que pretende sacar las castañas del fuego. En cuanto

al «teórico de la literatura», es de antemano el perdedor, pues ¿qué puede responder a preguntas tan contundentes como: «¿Existen los géneros? Y en el caso de que sí, ¿con qué existencia?»

Hay que ver claramente que lo que se ventila en este debate no es ya ni literario ni incluso epistemológico, sino ontológico, puesto que atañe a la *teoría del ser: quid/quod est?* Los sistemas genéricos románticos (el de Fr. Schlegel, por ejemplo), los del idealismo alemán (Schelling, Solger y Hegel), al igual que la teoría de Croce, tienen, a este respecto, una ventaja segura sobre los innumerables sistemas o anti-sistemas posteriores que se inspiran en ellos: que forman explícitamente la apuesta ontológica que constituye el fundamento real de su discurso genérico. Hay que añadir inmediatamente que, al fin y al cabo, sin embargo, esa ventaja es inútil, porque lo único que hace es imponer la conclusión de que toda argumentación racional es imposible en este campo teórico en el que decidirse por una u otra teoría genérica implica que uno se pasa con todos sus traslitos al campo de la ontología correspondiente.

Por ejemplo, es evidente que el discurso hegeliano sobre los géneros y el sistema triádico en el que se encarna, son directamente dependientes de una ontología realista para la cual lo real es la autorrealización del Concepto². Por el contrario, la polémica croceana contra las teorías genéricas es indisociable de su posición nominalista que no ve en las categorías genéricas nada más que «pseudo-conceptos»³. Un caso más interesante es el de la teoría gené-

² Según Hegel, el principio de orden de las artes debe derivarse de la naturaleza misma de la obra de arte; ahora bien, esta naturaleza es tal que la totalidad de los aspectos y momentos incluidos en su concepto llega a realizarse en la totalidad de los géneros (artísticos y más específicamente literarios). El sistema genérico constituye, por lo tanto, el desarrollo (*Entfaltung*) del Concepto en su totalidad concreta; es decir, en tanto que verdaderamente real (*real wirlich*). Ver G. W. HEGEL, *Vorlesungen über die Aesthetik*, II, págs. 234, 262-265; III, págs. 390, etc. (= *Werke in 20 Bänden*, Band 14, 15, Frankfurt/Main, 1970).

³ Croce califica a las poéticas genéricas de «*maggior trionfo dell'errore intellettuale*» (citado por HEMPFER, *op. cit.*, pág. 39). Sin embargo, hay que advertir que este nominalismo está limitado por la estética (para la que no acepta más que un solo concepto general, la «*bellezza*») y no es válido para los conceptos de las ciencias naturales. Porque, de

rica de Fr. Schlegel, el cual combina un realismo y un idealismo, ambos «regionales»: la poesía antigua sería genérica, mientras que la poesía post-antigua sería a-genérica. Esta dicotomía está fundamentada en y por la ontología romántica, que es una ontología dualista, que postula que la Antigüedad es la edad de la hegemonía de la Objetividad (y, por tanto, también de la hegemonía de los géneros con respecto a las obras individuales), y que, por el contrario, la edad post-antigua, inaugurada por el nacimiento de Crisóstomo, se caracteriza por la hegemonía de la Subjetividad sobre la Objetividad (y, por consiguiente, de las obras individuales con respecto a los principios genéricos) ⁴.

Klaus Hempfer, en su libro ya citado, rechaza a la vez las posiciones realistas y las posiciones nominalistas, y propone el constructivismo (a lo Piaget) como remedio:

El constructivismo representa una síntesis entre las posiciones tradicionales del nominalismo y del realismo, puesto que no considera los conceptos generales como simples ficciones, pero no les otorga tampoco existencia apriorística con respecto a los individuos concretos, ya sea tanto en un sentido platónico como aristotélico; los considera casi como construcciones resultantes de la interacción entre el sujeto y el objeto del conocimiento ⁵.

En lo que se refiere a la teoría genérica, esta posición constructivista conduciría, si he entendido bien, a una operación con dos etapas:

- a) En un primer momento se trata de constituir una base textual, o lo que es igual, un *corpus* de análisis. Para lograrlo, el teórico debe utilizar preferentemente la metodología perfeccionada por la estética de la recepción, o lo que es igual, debe proceder a una clasificación tosca sobre la base de la *recepción* genérica de los textos.
- b) En un segundo momento se trata de estructurar esa base textual. La naturaleza constructivista de esa estruc-

hecho, las categorías genéricas son falsas categorías generales que están situadas entre la (verdadera) universalidad de la «belleza» y la individualidad de las obras concretas.

⁴ Según la metafísica romántica, Dios, al principio pura objetividad trascendental, se individualiza en Cristo.

⁵ HEMPFER, *op. cit.*, pág. 271.

turación se supone que estriba en el hecho de que debe fundamentarse en una reflexión crítica que se manifiesta en contra de las tentativas de estructuración anteriores, teniendo en cuenta, claro está, su «grado de adecuación objetiva».

No voy a plantear aquí saber si el constructivismo es preferible o no a las otras dos teorías en el plano epistemológico ⁶, aunque sólo fuera porque la discusión correría el riesgo de ser infructuosa: la tesis, defendida por numerosos epistemólogos ⁷, según la cual se trata de un problema de decisión no fundamentada ni fundamentable antes que de una cuestión de verdad o falsedad, me parece más que plausible. No me detendré tampoco en el tradicionalismo al que parece estar condenada una teoría que, por razones epistemológicas, y por tanto de principio, debe fundamentarse obligatoriamente en las «adquisiciones» del pasado ⁸. Semejante concepción asume la idea de una evolución lineal de algo que sería el «conocimiento literario», que, en gran parte, es, a mi parecer, una ficción, sobre todo en lo que atañe a las categorías genéricas que, en el curso de su historia, han entrado en estrategias discursivas completamente heterogéneas unas con respecto a las otras.

Lo que más me importa es constatar las convergencias fundamentales que unen el constructivismo al realismo y al nominalismo, convergencias que derivan del hecho de que los tres transforman el discurso genérico en un discurso

⁶ Hay que señalar que una teoría que ve en los conceptos el resultado de interacciones entre el sujeto y el objeto del conocimiento, puede combinarse perfectamente con las variantes historicistas del realismo; por ejemplo, las variaciones para-hegelianas. Por el contrario, un nominalismo psicologizante, al ver en los objetos *stimuli* para nuestra actividad intelectual, armoniza por eso perfectamente con el constructivismo, puesto que nada obliga a que el estímulo y la reacción tengan alguna relación de representatividad, lo cual me parece que es debido a que el constructivismo plantea la pregunta de la *genesis* de los conceptos más que la de su estatuto, y es sintomático que en el momento de la definición de su estatuto se queda en un *ni...* ni que no explica gran cosa en realidad.

⁷ Ver, entre otros, W. V. QUINE, *From a logical Point of View*, Harvard, 1953 y W. STEGMÜLLER, «Das Universalienproblem einst und jetzt», *Archiv Für Philosophie*, VI, 3/4 y VII, 1/2, 1956.

⁸ Para este aspecto de la teoría de Hempfer, ver G. GENETTE, *Introduction à l'architexte*, París, Seuil, 1979, págs. 79-81.

so ontológico. Con esto quiero decir que para poder preguntarse acerca de las relaciones ontológicas entre textos y géneros, es preciso primero haberlos constituido en una exterioridad recíproca. Semejante exterioridad recíproca, a su vez, sólo se impone si se reifica el texto, es decir, si se le considera un *analogon* de objeto físico, y si se ve en el género un término transcendente «referido a» ese objeto casi físico.

Si queremos alejar el debate genérico de esta falsa disputa, hay que dejar entonces de identificar la pregunta (2) con la pregunta (3), es decir, hay que abandonar la reificación del texto y, correlativamente, la idea de una exterioridad de tipo ontológico entre texto y género. La teoría constructiva no hace ni una cosa ni otra⁹: no nos libra del dilema ontológico, sino que nos propone las «ventajas de un trilema».

2. ¿Desarrollan los géneros la esencia de la literatura? ¿No existen, por el contrario, como reales nada más que los textos individuales, mientras que los géneros sólo son pseudo-conceptos útiles, a lo sumo, como clasificaciones de bibliotecario? ¿O entonces hay que admitir que no se trata de una cosa ni de otra y, en cierto modo (?), de las dos a la vez?

Son otras tantas preguntas que entorpecen la teoría genérica pero que, al menos en mi opinión, no tienen razón de ser. Y ello, por la simple razón de que están basadas en dos postulados superfluos e inadecuados a la vez: el texto como *analogon* de objeto físico y el género como exterioridad transcendental (o, en el caso de las teorías nominalistas, pseudo-exterioridad, o lo que es igual, pura nada, de hecho).

Quisiera partir aquí del postulado de la exterioridad y

⁹ Así, «contrariamente a lo que se podría creer, recurrir a la estética de la recepción no pone en peligro el postulado del texto-organismo cerrado, ya que, según esta teoría, las condiciones de recepción no hacen más que sobreañadirse a un texto ya constituido en la plenitud de su sentido. Para la estética de la recepción, el texto no es un canal de comunicación (que invertir con actos comunicativos), sino más bien, un contenido transmitido. Ver, a este respecto, D. BREUER, *Einführung in die pragmatische Texttheorie*, Munich, 1974, sobre todo la pág. 211.

de sus implicaciones. Hay que destacar primero el falso problema de la exterioridad genérica, definida ya sea como descripción teórica, ya como discurso normativo (y, en último término, como conjunto de normas psicológicamente interiorizadas). En el primer caso, la exterioridad es pura y simplemente la que existe entre dos textos: el que uno de ellos sea en este caso un metatexto da ciertamente un talante especial a la relación que los une (y que parece ser una relación prescriptiva), pero no plantea ningún problema epistemológico especial. Así, las relaciones que unen la teoría de la novela de Fr. Schlegel con su novela *Lucinde* pueden describirse como las relaciones que unen un programa con su realización; basta para ello con admitir la transformación de las proposiciones declarativas de la teoría en proposiciones prescriptivas. En cuanto al problema de la genericidad como norma interiorizada, atañe al postulado de un término intermediario entre un conjunto de textos y un texto individual que parece adecuarse al modelo genérico constituido por este conjunto. Se trata en este caso de un principio de explicación secundaria tendente a justificar el paso de una categoría de textos a un texto individual que se acomoda en algunos rasgos a esta categoría: en ningún caso pretende el postulado de la norma genérica fundar una categoría de textos (lo cual sí que ocurre con las teorías genéricas fundamentadas en una ontología realista).

Entre estos casos de trivial exterioridad, hay que diferenciar la que se postula como fundadora de una categoría de textos, en tanto que molde de competencia, esencia oculta, estructura universal, etc. Sólo en el marco de esa exterioridad es donde la problemática genérica se transforma en problema ontológico. Así pues, me parece que el postulado de semejanza exterioridad es completamente inadecuado e inútil. Si nos quedamos en el nivel de la fenomenalidad empírica, la teoría genérica estaría considerada sólo como el dar cuenta de un conjunto de similitudes textuales, formales y, sobre todo, temáticas: por tanto, esas similitudes pueden ser perfectamente explicadas definiendo la genericidad como un componente textual, o lo que es igual, las relaciones genéricas como un conjunto de reinvestiduras (más o menos transformadoras), de ese mismo

componente textual. Siendo la literatura institucional por definición, la genericidad puede explicarse perfectamente como un juego de repeticiones, imitaciones, préstamos, etc., de un texto con respecto a otro, o a otros, y el recurrir a un postulado tan «contundente» como el de una estructura o modelo de competencia, resulta totalmente superfluo, ya que no aclara muchas más cosas que una concepción transtextual de la genericidad¹⁰. Además, este postulado es inadecuado en la medida en que es incapaz de tomar en consideración la dimensión esencialmente dinámica de la genericidad e impone una perspectiva únicamente clasificatoria que ignora la especificidad de la relación generica¹¹.

Una ventaja evidente de una definición puramente textual de la genericidad reside en que ésta permite fijar un criterio empírico, lo cual no es el caso de las teorías ontológicas en las que los «géneros» son, por definición, transcendentales a la textualidad y por ello mismo empíricamente inabordables.

Un ejemplo algo «exótico» (para un lector del siglo XX) ilustra perfectamente, sin embargo, el aspecto a veces alucinatorio de las teorías genericas ontológicas y las decisivas ventajas que pueden derivarse de una aproximación textual a la problemática generica. Se trata de un conjunto de textos épicos alemanes que se remontan a los siglos XII-XIII. Ahora bien, el siglo XIX y una parte del XX han querido descubrir en (sería más exacto decir: debajo de) estos textos un género, que se ha bautizado *das deutsche Heldentpos*, dicho de otra manera, *la epopeya heroica germánica*. Los textos así bautizados son la *Canción de los Nibelungen*, el *Poema de Wolf Dietrich*, el *Poema de Dietrich*, el *Poema de Ortnit*, el *Poema de Kudrun* y otros. Como ocurre frecuentemente en las teorías genericas ontológicas, la definición de este género va al unísono con la constitución de un género al cual se opondría; a saber: la *epopeya cortesana* de inspiración artúrica. Vemos ya aquí la «fertilidad» de semejante dicotomía, sobre todo en sus prolongaciones ideológicas: la epopeya he-

¹⁰ Tomo este término de G. GENETTE, *Palimpsestes*, París, Seuil, 1982.

¹¹ Ver más adelante.

roica y la epopeya cortesana se oponen como el alma gemina a un producto de importación francesa, como la poesía espontánea a la poesía artificiosa, como la poesía popular a la poesía culta, y también como la poesía originaria a una poesía más tardía, y por consiguiente, menos esencial y más ficticia. Y ello sin hablar de rasgos más precisos, tales como la fidelidad viril opuesta a un amor afeminado, el culto al valor opuesto a la languidez cortesana, etc. Todo esto se resume en la tesis central que dice que la epopeya heroica muestra la esencia de la germanidad:

...Aquí (en los *Nibelungen*) se nos presenta la imagen de lo que ha sido la esencia, la manera de pensar y de sentir de nuestros antepasados, tal y como la leyenda nos la ha dado a conocer hacia el año 500¹².

Desgraciadamente, este espíritu germánico no se plasma de la misma forma en todas las obras, pues incluso las más fieles a este origen tienen elementos extraños, de manera que se llega a una jerarquización según la cantidad de espíritu germánico: así, en la *Canción de los Nibelungen* el elemento germánico sería todavía hegemónico, en *El Poema de Kudrun* el debilitamiento ya se dejaría sentir, mientras que en *La Muerte de Alphart* no habría casi huellas del auténtico espíritu germánico.

Como vemos, el género está construido enteramente partiendo de una *proyección retrospectiva*: en los textos escogidos se aíslan uno a uno los elementos que se consideran relacionados de alguna manera con esta *germanische Weltanschauung* de en torno al año 500 después de Cristo. Hay que subrayar que estos elementos no constituyen de ningún modo una categoría de similitudes textuales entre las diferentes obras, pero, uno por uno, están en relación con esta *Weltanschauung* postulada anteriormente. Lo que se ha construido, por tanto, es un género meramente imaginario, de hecho, un texto ideal del que todos los textos empíricamente reales no son más que ecos más o menos lejanos. Como mucho, semejante operación nos descubre cuáles son las

¹² G. EHRLISMANN, *Geschichte der deutschen Literatur bis zum Ausgang des Mittelalters*, Teil 2, Schlussband, Munich, 1935, pág. 122.

fuentes de determinados elementos temáticos, de manera que el género no es el de los textos ni el del *Stoff* (materia) de estos textos, sino, a lo sumo, el de determinados elementos temáticos postulados como fuente. Ahora bien, entretanto, se ha podido mostrar que este «género», que había hecho correr ríos de tinta patriótica y nacionalista, es, textualmente hablando, inexistente. En un texto breve, pero decisivo, Heinz Rupp se ha dedicado a un desmantelamiento a conciencia de la epopeya heroica, simplemente decidiendo dejar provisionalmente a un lado «los logros del pasado» (es decir, la tradición universitaria) y remitiéndose a los propios textos¹³. Precizando y ampliando las conclusiones de Rupp podemos señalar concretamente que:

— La oposición epopeya heroica-epopeya artúrica es lógicamente inconsistente, puesto que, en el primer caso, el género está definido por sus fuentes, mientras que en el otro caso la definición se basa en la presencia de un mismo personaje. Como mucho, podríamos oponer la epopeya heroica (de origen germánico) a una epopeya de origen céltico. Al mismo tiempo, la epopeya heroica pierde el privilegio de ser más «primitiva», más cercana al origen, que la epopeya llamada cortesana;

— La tesis de una oposición entre un género épico heroico y un género épico cortesano, que existirían simultáneamente en el siglo XIII alemán, es empíricamente refutable: hay tantas similitudes textuales entre los textos llamados heroicos y los textos llamados cortesanos, como las que existen entre los diversos textos llamados heroicos o los diversos textos llamados cortesanos (y precisando aún más: en los dos casos hay las *mismas* similitudes). Por ejemplo, contrariamente a lo que afirma la vulgata teórica, el elemento maravilloso no interviene menos en los textos «heroicos» que en los textos «cortesanos»¹⁴. Y, a la inversa, los temas del heroísmo y de la fidelidad no desempeñan un papel más importante en los primeros que en los segundos¹⁵;

¹³ H. RUPP, «Heldendichtung» als *Gattung*, en *Beiträge zur deutschen Philologie*, Band 28, Giessen, 1960, págs. 9-25.

¹⁴ Así, en *El Poema de Kudrun*, el *Vogel Graf*, es decir, el Grifo, desempeña un papel importante.

¹⁵ A excepción de algunos pasajes de *La Canción de los Nibelungen*, el elemento heroico está tan atenuado en todos estos textos que la vul-

— Desde el momento en que se deja de construir un género a partir de supuestas fuentes de determinados elementos temáticos, para dejarse llevar por la red de similitudes textuales (formales, narrativas y temáticas) que se teje entre los diversos textos llamados heroicos y los diversos textos llamados cortesanos, el fantasma de una epopeya heroica alemana se desvanece completamente: el conjunto de esta literatura épica del siglo XIII alemán que incluye temas de origen germánico o de origen céltico, constituye un mismo género épico, especie de literatura de consumo corriente (para las cortes de los pequeños nobles alemanes), y que mezcla las fuentes temáticas más diversas. Estilísticamente se sitúa en la encrucijada de la *Spielmannsepiik* y de la gran literatura épica de los Wolfram von Eschenbach y los Hartman von Aue. Además de este sincretismo estilístico, el género se caracteriza por el anonimato de sus textos, por la constancia de algunos personajes y por una temática también sincrética puesto que tiende a fusionar los rasgos heroicos (extraídos, bien de las antiguas tradiciones germánicas o célticas, o bien de las canciones de gesta) con rasgos cortesanos tales como la *Minne*. Esta literatura épica es, en suma, una literatura de transición que prepara el camino a la literatura novelesca, como la novela de amor (por ejemplo *Flore und Blanchefleur* de Konrad Fleck), la novela conyugal (como *Mai und Beafloer*), etc. De este modo, los rasgos heroicos no definen la naturaleza de un género, sino que sólo muestran uno de los múltiples elementos que entran en un género fundamentalmente sincrético, sin duda a imagen y semejanza de la mentalidad del público al que va dirigido.

Me parece que este ejemplo ilustra bien lo que entendido por noción de exterioridad genérica: el procedimiento que consiste en «producir» la noción de un género, no a partir de una red de similitudes existente entre un conjunto de textos, sino postulando un texto ideal cuyos textos reales no serían más que derivados más o menos perfec-

gata se ve obligada a recurrir, en bloque, a la tesis de la degeneración. Lo cual es, evidentemente, una muestra de fracaso. Esta misma constatación se impone en lo tocante a la presunta ausencia de elementos cristianos en la epopeya heroica, opuesta a otra también mítica cristianización total de la epopeya artúrica.

tos, del mismo modo que, según Platón, los objetos empíricos no son sino copias imperfectas de las Ideas eternas.

Las relaciones de parentesco intervienen entonces entre ese texto ideal y tal o cual elemento de tal o cual texto real aisladamente, sin que el conjunto de rasgos así extraídos teja un conjunto de similitudes entre los diferentes textos reales. La epopeya heroica es ciertamente un género, pero no un género literario del siglo XIII: es un género metaliterario del siglo XIX, un género de la *Germanistik*.

3. La idea de género como entidad extratextual y fundadora de los textos cobra apariencia de plausibilidad en el momento en que se considera el texto como un *analogon* de objeto físico. Lo que llamamos la concepción del texto-organismo¹⁶ tiene, entre otras funciones, la de fundamentar esta analogía entre texto y objeto físico, esta reificación—en el verdadero sentido del término— del texto. Esta analogía, en verdad pura y simple identificación, está en total desacuerdo con la fenomenalidad propia de la textualidad en tanto que dimensión lingüística; fenomenalidad que nunca es la de un sistema cerrado, sino más bien la de una cadena abierta. Hay aquí un primer hecho que me parece de bastante peso: aunque la metáfora del organismo físico no pretende explicar el funcionamiento lingüístico del texto, sino únicamente su estructuración como «sistema semiótico secundario», podemos interrogarnos acerca del estatuto de una concepción que hace tan poco caso de la fenomenalidad lingüística¹⁷.

Una segunda consideración me parece también muy decisiva: las teorías genéticas ontológicas admiten implícitamente que la empiricidad se reduce al universo de los objetos físicos. Si se limita, por el contrario, la empiricidad al término mucho más adecuado de *hecho* (*Tatsache*), se ve con claridad que un texto, aunque participe del mundo de los hechos empíricos, no está de ninguna manera obligado

¹⁶ Concepción que se remonta a la más remota Antigüedad, pero que sólo llega a ser auténticamente pertinente en el marco de las teorías estéticas románticas.

¹⁷ Una de las funciones de la ficción de un «lenguaje poético» opuesto al lenguaje común, es, quizás, la de disfrazar este desfase entre la fenomenalidad lingüística y la teoría literaria.

a ser un objeto físico. Es un hecho comunicativo específico, es decir, un conjunto complejo formado (al menos) por un canal de comunicación de estructura dada y un acto (o un conjunto de actos) comunicativo (s) que actualiza(n) ese canal¹⁸.

El abandono de la tesis del texto-*analogon* de objeto físico tiene varias consecuencias. Primeramente, la concepción que pretende que el texto literario es un sistema autónomo cerrado y unificado, partiendo únicamente de una lectura inmanente y no referencial, pierde su solidez de evidencia natural. En lugar de aceptarla como sostenida por alguna esencia secreta de la literalidad, se verá más bien en ella un modelo de lectura, o sea, un hecho prescriptivo. Se trata entonces de una lectura posible, fundamentada a la vez en rasgos estructurales del canal de comunicación y en un algoritmo de lectura que ha llegado a ser hegemónico desde la época romántica. Así, cuando M. Riffaterre afirma «que el referente no es pertinente para el análisis y que no existe ninguna ventaja para el crítico en comparar la expresión literaria con la realidad y en valorar la obra en función de esta comparación», hay que ver en ello un enunciado prescriptivo que propone un modelo de lectura, y en tanto que tal está perfectamente justificado; me inclino en cambio a ser escéptico cuando leo el título del ensayo en el que esta afirmación se inserta, a saber: «La explicación de los hechos literarios»¹⁹, título que parece indicar que Riffaterre piensa realmente no en proponer un modelo de lectura, sino en exponer el modelo explicativo de la naturaleza de un objeto físico que sería aquí la «obra» (literaria).

No pongo en duda que el modelo de lectura propuesto por Riffaterre (o más bien: retomado por él de la tradición romántica) sea más rico que el modelo referencialista, aun que sólo fuera porque tiene en cuenta la positividad del he-

¹⁸ Desde luego, el soporte de todo texto es un objeto físico, al menos siempre que se trate de un texto escrito (el flujo acústico de un texto leído, por ejemplo, en la radio, no es un objeto sino más bien un fenómeno físico).

¹⁹ Ver M. RIFFATERRE, *La Production du texte*, París, Seuil, 1979, pág. 19.

cho textual. Además, este modelo concuerda, si no con los pactos de lectura que proponen todos los textos literarios de todas las épocas, al menos con el pacto de lectura que proponen numerosos textos de determinadas épocas.²⁰ Pero todo esto no nos concede, de ningún modo, el derecho a decir que la lectura inmanente *explica* el texto literario, como se explica la constitución de un objeto físico, puesto que el texto posee, en tanto que hecho de comunicación, esta particularidad propia de que él no es algo que está por explicar, sino algo que está por leer y, ocasionalmente, por interpretar. Así pues, toda lectura es una resultante de, al menos, dos factores; a saber, dos intenciones²¹ o estrategias comunicativas, la del codificador del texto y la del decodificador. Ambas pueden ocultarse parcialmente, pero sus relaciones comprenden necesariamente elementos más o menos aleatorios, aunque sólo fuese porque en un texto no hay *feed-back* en acto, contrariamente a lo que ocurre en una conversación de viva voz entre dos interlocutores. Esto se ve particularmente claro en algunas formas de poesía lírica, y me pregunto si, al menos en parte, el frenesí interpretativo que provocan no resulta del *horror vacui* que embarga a toda lectura ante un texto que rechaza tematizar su intencionalidad comunicativa, y que provoca por ello mismo una especie de suspensión provisional del sentido, o, mejor dicho, de la actividad semántica.

Aunque es cierto que el modelo de lectura inmanente es más rico que el modelo referencialista, esta ventaja de la lectura romántica sobre la lectura clásica ha sido precisamente abolida, porque la lectura clásica no se limitaba a ser referencialista (deberíamos precisar, por otra parte, que este referencialismo estaba por lo general al servicio de una lectura ética), sino que estaba muy directamente

²⁰ Así, muchos textos se presentan como *funciones*; otros, no representativos, se presentan como pura textualidad, etc. Pero también abundan los ejemplos contrarios de textos que, en su pacto de lectura (prólogo o *incipit*, por ejemplo), proponen lecturas referenciales, ya que se esfuerzan en confirmar que cuentan una historia verídica.

²¹ El término de «intención» no apunta al acto psicológico de un individuo, sino a la intencionalidad inherente al texto (o al modelo de lectura) y se manifiesta, por lo tanto, a través de rasgos textuales propios (por ejemplo, el pacto de lectura). Es decir, se trata de una intención institucionalizada.

dirigida hacia la transtextualidad²², hacia la genericidad en este caso. Ahora bien, la lectura transtextual constituye un enriquecimiento con respecto a una lectura únicamente inmanente, aunque sólo sea porque reinserta el texto individual en la red textual en la que está cogido y de la que la lectura inmanente lo aísla artificialmente.

Si seguimos la terminología propuesta por G. Genette, la genericidad (llamada *architextualidad*) no es más que uno de los aspectos de la transtextualidad que abarca además la paratextualidad (relaciones de un texto con su título, su subtítulo y, más en general, con su contexto externo), la intertextualidad (la cita, la alusión, etc.), la hipertextualidad (relaciones de imitación/transformación entre dos textos o entre un texto y un estilo) y la metatextualidad (relaciones entre un texto y su comentario). En tanto en cuanto modelo de lectura, la transtextualidad activa muestra más aspectos textuales que la lectura puramente inmanente, por no hablar del hecho de que permite tener en cuenta la dimensión institucional de la literatura como conjunto de redes textuales.

Otra ventaja de una aproximación transtextual reside en que desmiente la idea ampliamente extendida según la cual el texto en su interioridad pura constituye algo así como una sólida parte de realidad dotada de su sentido único y definitivo que el comentario sólo tendría que «descubrir»²³. Por poner un ejemplo, no se lee, desde luego, de

²² Recuerdo que el término ha sido forjado por G. GENETTE, *Pálimpsostas*, *op. cit.* Ya va siendo hora quizás también de reconocer que, sin este libro, las páginas que siguen no existirían, al menos en su forma actual.

²³ Ya en el nivel de la significación (en el sentido lingüístico del término) la univocidad semántica sólo existe como caso límite y exige muy a menudo recurrir a elementos contextuales o pragmáticos. En cuanto a la interpretación, la no-determinación unívoca está, por supuesto, todavía mucho más acentuada, excepto en el caso de alegorías institucionalizadas, como las que se encuentran en gran cantidad en la Edad Media y en el Renacimiento. La enorme importancia histórica de las diferentes teorías de la interpretación, de los Padres de la Iglesia en la hermenéutica, no es un argumento en contra de la tesis de la ausencia de estructuración simbólica unívoca de la mayoría de los textos, sino más bien a su favor. En relación con estos problemas, ver T. TODOROV, «La lectura como construcción», en *Les Genres du discours*, París, Seuil, 1978, y, sobre todo, *Symbolisme et Interpretation*, París, Seuil, 1978.

la misma manera *Le Christ aux Oliviers* de Nerval cuando se recurre a una lectura puramente immanente que cuando lo leemos como hipertexto del *Discours du Christ mort du haut de l'édifice du monde* de Jean-Paul. El paratexto determina también en parte el modo de lectura: ver que el poema que figura bajo el título colectivo de *Chimères* orienta la lectura hacia una dirección muy distinta de la indicada por el título colectivo *Mysticisme* (en *les Petits Châteaux de Bohême*)²⁴. En este caso, una lectura puramente immanente del texto de Nerval es a la fuerza empobrecedora, puesto que sólo aprovecha una parte de las potencialidades comunicativas²⁵ de su texto-objeto. Desde luego, dejando de lado el problema de las variantes textuales, hay que admitir que ninguno de estos factores hiper o paratextuales añade a la substancia significativa de la cadena lingüística: «Cuan-do el señor... que dio el alma a los hijos del barro». Pero esto no es un argumento a favor de una lectura puramente immanente, puesto que, como toda lectura estética moderna, tiende a la simbolización, «más allá» de la significación. Ahora bien, no queremos negar en absoluto la pertenencia a este nivel de los factores transtextuales para la constitución misma de la interpretación simbólica que, aparte de la estructura textual, se fundamenta también siempre (aunque fuera de manera implícita) en indicios transtextuales (elementos arquitectuales: la pertenencia genérica, etc.; elementos paratextuales: lugar de publicación, título, epígrafe, etc.; ocasionalmente, elementos hipertextuales: texto-fuente, o elementos metatextuales: tradición del comentario universitario, etc.).

²⁴ Otro elemento paratextual importante: la mención «Imitado de Jean-Paul» que precedía al poema en el momento de la publicación en *L'Ariste*, ha sido reemplazada por un epítafio sacado del texto de Jean-Paul en las ediciones posteriores, cambio en el que se evidencia toda la problemática de la imitación *versus* la recreación.

²⁵ Empleo adrede el término muy vago de potencialidades comunicativas, que tiene la ventaja de evitar cualquier determinación apriorística en cuanto a la naturaleza de lo que se dice así a través del texto. Incluso la literatura más ferozmente opuesta al lenguaje utilizado como moneda de cambio (comunicativo) no sería una excepción, muy al contrario incluso: como prueba, la proliferación de metatextos dedicados a la poesía de Mallarmé.

4. Genette propone subsumir la genericidad bajo la categoría más general de la arquitectualidad, que comprende «el conjunto de las categorías generales, o trascendentes (...) de las que es muestra cada texto»²⁶, y, especialmente, junto a la genericidad, los tipos de discurso y los modos de enunciación. Me parece, sin embargo, que hay una diferencia fundamental entre la arquitectualidad y las demás formas de transtextualidad: cada hipertexto posee su hipotexto, cada intertexto su texto citado, cada paratexto el texto que incluye, cada metatexto su texto-objeto, mientras que si bien hay arquitectualidad, no hay en cambio ar-chitexto, sino en un sentido metafórico. Las categorías del intertexto, del paratexto, del metatexto y del hipertexto de-terminan parejas relacionales de textos²⁷, mientras que en el caso de la arquitectualidad no hay nada de esto.

Estaríamos tentados de decir entonces que la arquitectualidad define más bien una relación de pertenencia. Pero surge aquí una segunda dificultad, no ya entre la arquitectualidad y las demás modalidades de la transtextualidad, sino en el interior de la arquitectualidad misma, entre la genericidad y los otros dos términos que G. Genette le añade, los tipos de discurso y las modalidades de enunciación. En el caso de los modos de enunciación y los tipos de discurso, tenemos claramente una relación de pertenencia²⁸ ya que todo texto pertenece en efecto, bien sea al modo narrativo, bien al modo dramático, o bien al modo mixto, por lo mismo por lo que pertenece a tal o cual tipo de discurso²⁹. Se puede expresar lo mismo diciendo que esas dos categorías (con sus divisiones) definen (en comprensión) clases de textos. Respecto al componente genérico, el asunto es más complicado, y veo aquí el indicio de una

²⁶ *Introduction à l'architexte*, *op. cit.*, pág. 7.

²⁷ El que un hipertexto, por ejemplo, pueda tener varios hipotextos no cambia nada en esta analogía relacional: un solo término (texto) puede formar parejas relacionadas con diversos términos (textos) diferentes.

²⁸ Nada se opone *a priori* a que un texto pertenezca a varias de esas categorías (al menos en lo que respecta a los tipos de discurso).

²⁹ Otro problema es, evidentemente, el de la génesis de cierto tipo de texto a partir de un determinado tipo de discurso. Ver para este particular T. TODOROV, *Les Genres du discours*, *op. cit.*

no-homogeneidad de estos tres subgrupos de la arquitectualidad. Ciertamente, en tanto que categoría de clasificación retrospectiva, la genericidad también funciona como relación de pertenencia, y a ese nivel la homogeneidad estaría, por tanto, salvaguardada. Nos podríamos limitar entonces a este aspecto de la genericidad postulando explícitamente que esta categoría no es otra cosa que una noción de clasificación.

Pero al hacer eso se despejaría un aspecto importante de la genericidad, a saber, su carácter operativo con respecto a los textos. Hay, en lo que atañe a la productividad textual, una diferencia de régimen esencial entre la genericidad y los modos de enunciación (o los tipos de discurso). La elección de una modalidad de enunciación es condición previa de todo texto y éste, a su vez, no tiene ningún influjo sobre el «cariz» de la modalidad de enunciación elegida: la determinación es de sentido único, lo que permite decir, en particular, que tal o cual texto pertenece a una determinada modalidad de enunciación. Por el contrario, en el caso del componente genérico, debemos decir que *todo* texto modifica «su» género: el componente genérico de un texto no es nunca (salvo raras excepciones) la simple reduplicación del modelo genérico constituido por la clase de textos (supuestamente anteriores) en cuya casta se sitúa. Al contrario, para todo texto en gestación, el modelo genérico es un «material», entre otros, sobre el que «trabaja». Es lo que he llamado anteriormente el aspecto dinámico de la genericidad en tanto que función textual. Este aspecto dinámico también es responsable de la importancia de la dimensión temporal de la genericidad, su historicidad.

Esto me retrotrae a la confusión a la que aludía al principio de este texto y que compete a la identificación de dos preguntas que sería preciso, por el contrario, diferenciar, a saber:

(2a) ¿Cuál es la relación que une los textos con los géneros?

(2b) ¿Cuál es la relación que une un texto dado con «su» género?

La primera pregunta atañe a la problemática de la cla-

sificación retrospectiva y se puede resolver en términos de pertenencia a una clase de textos. La segunda pregunta, por el contrario, se puede interpretar de dos maneras diferentes: o bien se habla del texto como elemento de la clase, o bien como objeto histórico en un momento. La confusión resulta del hecho de que, en general, estos dos aspectos se contraponen radicalmente. Ahora bien, el texto, en cuanto que surge en un momento t , no pertenece evidentemente al género tal y como está constituido retrospectivamente, es decir, como abstracción de una categoría de textos que va de t^{-n} a t^{+n} (excepto el caso límite en que el texto, estudiado en su contexto histórico, es al mismo tiempo el último de la serie de los textos de la clasificación retrospectiva). Para cualquier texto situado temporalmente antes de t^{+n} , el modelo genérico está constituido únicamente por los textos anteriores, lo que significa que el modelo genérico textual no es nunca (salvo en el caso límite sobre el que acabo de hablar) idéntico al modelo genérico retrospectivo.

Tomemos como punto de partida un género G formado por la clase textual $\{a, b, c, d, e, f, g\}$. Este género se deduce sobre la base de una clasificación retrospectiva, es decir, que no ha sido fijado nada más que cuando el último texto de la serie ha entrado en el circuito de la comunicación social: sólo a partir de ese momento podemos decir que el conjunto $\{a, b, c, d, e, f, g\}$ forma la clase definida por G . Si ahora nos preguntamos cuál es, por ejemplo, la relación de c con el género al que «pertenecer», no es lícito, en absoluto, tomar como referencia el género G (todavía no pertinente en el momento t'), sino el subgrupo G^1 , o sea, el modelo genérico en el momento t^b (no es necesario que este modelo abarque todos los textos anteriores a t^b , es decir, que puede haber ahí no-congruencia entre las relaciones establecidas por la clasificación retrospectiva y la eficacia genérica textual en un momento t^n situado en el interior del horizonte temporal abarcado por la clasificación retrospectiva). Desde luego, siempre es posible preguntarse acerca de las relaciones entre c y G , pero se trata de una pregunta trivial que comporta una respuesta trivial: como elemento de la clase definida por G , c pertenece a G . La respuesta no tiene gran interés por-

que no se apoya en la genericidad textual *in actu*, sino en la clasificación retrospectiva.

La problemática genérica puede, por consiguiente, ser abordada bajo dos ángulos diferentes, sin duda complementarios, pero, sin embargo, distintos: el género en tanto que categoría de clasificación retrospectiva y la genericidad en tanto que función textual. El estatuto epistemológico de estas dos categorías no es idéntico. La constitución del género depende estrechamente de la estrategia discursiva del metatexto (por consiguiente, del teórico de la literatura): es él quien elige, al menos en parte, las fronteras del género, él quien elige el nivel de abstracción de los rasgos que seleccionará como pertinentes, y él, finalmente, quien elige el modelo explicativo (y este último punto es decisivo, puesto que atañe al estatuto concedido a la genericidad: el modelo estructuralista, por ejemplo, es mucho más poderoso que un modelo historicista: el género, en él, tendrá tendencia a constituirse en auténtico modelo de competencia). Está claro que, en cuanto a la clase de textos seleccionada, nos encontramos con simples parecidos de familia, *Familienähnlichkeiten*, por decirlo con las palabras de Wittgenstein. La estrategia discursiva del teórico se ejerce sobre esta base; es decir, actualmente al menos, la elaboración de un modelo de competencia que permita generar los invariantes textuales.

El empleo mismo del término de modelo de competencia indica la tendencia, bastante extendida, de proyectar el texto ideal construido sobre la empiricidad textual, y de postular que los textos han sido generados desde este modelo de competencia. Pero me parece que haciendo esto caemos en un error lógico (de lógica temporal). Es ésta la razón por la que propongo diferenciar la genericidad del género y considerar este último como mera categoría de clasificación. Lo cual no significa que el género sea una categoría arbitraria: se fundamenta también en la textualidad, puesto que se manifiesta por similitudes textuales. Pero, a diferencia de la genericidad, no se trata de una categoría de la productividad textual: el género pertenece al campo de las categorías de la lectura, estructura un cierto tipo de lectura, mientras que la genericidad es un factor productivo de la constitución de la textualidad.

¿Qué ocurre con el aspecto normativo de las categorías genéricas? En la medida en que la genericidad clasificatoria (es decir, el género) es una categoría de la lectura, contiene, claro está, un componente prescriptivo; es, por lo tanto, una norma, pero una norma de lectura. En lo que atañe a la genericidad, hay que pensar, ante todo, en los casos en que una obra literaria proviene directamente de la aplicación de una teoría genérica, o sea, de un metatexto leído no en tanto que conjunto de proposiciones descriptivas, sino en tanto que algoritmo textual: pienso ahora en las relaciones que mantienen *Lucinde* de Fr. Schlegel y *Henri d'Offendinger* de Novalis con las teorías de la novela desarrolladas por sus autores. Sin embargo, en la mayor parte de los casos, la genericidad no resulta de la aplicación de un algoritmo metatextual, sino de un remiendo poco más o menos transformador del armazón de uno o varios hipotextos: en este caso, podemos, evidentemente, postular que esos hipotextos son normas, pero este postulado es superfluo. Una tercera posibilidad sería la de un texto fundamentado en una norma de lectura interiorizada (el célebre horizonte de expectativa) que la transformaría, por consiguiente, en algoritmo textual. Pero está claro que, a través de rodeos más o menos amplios, este caso remite otra vez al segundo: por una parte, la norma de lectura se fundamenta siempre en relaciones textuales; por otra, la relación hipertextual específica de la genericidad, en la medida en que implica generalmente varios hipotextos, presupone la constitución de una norma de lectura aplicada a estos hipotextos, o sea, sin duda, la constitución de un género (clasificadorio), norma transformada en algoritmo textual. Así cada texto tiene su propio género. También se podría decir, a la inversa, que el género en tanto que metatexto (las clasificaciones y teorías genéricas), posee su propia genericidad, o sea, un algoritmo específico que programa la re-escritura de los textos-objetos en el metatexto: la genericidad de la *Estética* de Hegel, por ejemplo, no es idéntica a la del *Art poétique* de Boileau. Evidentemente, volvemos a encontrar aquí el problema de las estrategias discursivas. ¿Es necesario añadir que si hay genericidades metatextuales existen también géneros metatextuales: por ejemplo, el género «teoría genérica del idealismo alemán», fundamen-

tado en la categoría de los textos estéticos de Solger, Schelling, Hegel, Rosenkranz, etc.? Pero tanto si formulamos como si no tales normas genéricas, eso no concierne al estudio de la genericidad textual, puesto que, de todas maneras, éste está «condenado» a constituirse sobre la base de la fijación de relaciones textuales (la misma cosa es válida para el género en tanto que clasificación retrospectiva). Sin duda he utilizado aquí un poco a la ligera el término de *relaciones hipertextuales* propuesto por Genette. Ahora bien, este término parece indicar una relación *explícita* de un texto con otro texto, dos condiciones demasiado forzadas para dar cuenta de la genericidad. En primer lugar, la relación genérica está a menudo (si no en la mayoría de los casos) o implícita, o predeterminada por simples anotaciones paratextuales del género «novela», «relato de aventuras», etc. De ahí, sin duda, la introducción de un término específico en Genette, *la architextualidad*, que estaría tentado de leer como referido a ese modelo de lectura transformado en algoritmo textual que postulamos generalmente como base de la genericidad en tanto que productividad textual. Pero se trata precisamente de un postulado, y si hay un architexto no podría ser nada más que esa especie de «texto ideal», modelo de lectura, que postulamos como intermedio entre el conjunto de los hipotextos implícitos y el hipertexto en cuestión.

5. Está muy claro dónde se sitúa el problema central de una teoría textual de la genericidad: mientras que en el caso de la hipertextualidad, en el sentido de Genette, se puede descubrir una estrategia discursiva que une un hipertexto a su hipotexto, no sucede lo mismo en la mayor parte de las relaciones genéricas entre textos. De ahí, evidentemente, la tentación de recurrir al postulado de un modelo de competencia. Siempre hay pacto hipertextual, pero muy a menudo no hay pacto genérico explícito, y si hay uno, normalmente no es de índole textual, sino que se limita la mayoría de las veces a indicaciones paratextuales.

De hecho, el problema está, sin duda, mal planteado: los textos que funcionan como modelo genérico están presentes de algún modo en el texto en relación al cual desempeñan esta función, no, claro está, como cita (intertext-

tualidad por lo tanto), sino como armazón formal, narrativo, temático, ideológico, etc. Dicho de otra manera: la relación architextual que postulamos está basada siempre en una relación de hipertextualidad (más o menos múltiple) *de hecho*. El problema real no se plantea, pues, en el nivel de los hechos textuales, sino en el de su motivación, o en el de su causalidad. Ahora bien, en este nivel, el carácter eminentemente institucional de la literatura, y por consiguiente la circulación textual que está en la base misma de la genericidad, debe tenerse en cuenta. Puede resaltarse difícil, en tal o cual caso particular, reconstruir el recorrido de esa circulación hipotextual (y su mediación ocasional a través de las normas de lectura o de los algoritmos metatextuales) que conduce a la genericidad propia del hipertexto en cuestión, pero el postulado general de semejante circulación es la condición *sine qua non* de todo estudio de la genericidad (y, sin duda, de todo estudio literario).

Por otra parte, me parece que podemos encontrar una confirmación paradójica de esta dimensión de la literatura en el hecho de que en lo que atañe a amplias muestras de la literatura llamada seria de la época contemporánea, es muy difícil fijar clasificaciones genéricas, incluso aunque se presten bien al estudio de la genericidad. La tesis romántica de la genericidad de la literatura moderna puede recibir con ello una confirmación al tiempo que una explicación trivial: el desarrollo de la circulación literaria (debido tanto a causas tecnológicas como sociales) en el curso de los últimos siglos, tiene como consecuencia una multiplicación extrema de los modelos genéricos potenciales, de manera que la actividad genérica (ligada a la reflexividad, más pronunciada cada día, de la llamada literatura seria) muy estimulada por lo textos modernos, conduce a tal multiplicación genérica que las clasificaciones son muy difíciles de establecer.

Este hecho es solo paradójico aparentemente: pues demasiado a menudo tenemos tendencia a identificar la genericidad con uno de sus regímenes, el de la reduplicación, mientras que el régimen de la transformación genérica (del desvío genérico, por consiguiente) es muy importante también para comprender el funcionamiento de la genericidad textual. El carácter hegemónico de uno u otro régimen varía

eventualmente, ya sea con el estatuto institucional (literatura culta, literatura de consumo corriente) o con la época histórica (una época clásica tiende, en general, a limitar los modelos genéricos, mientras que, desde el romanticismo, la tendencia es más bien a la multiplicación). Pero es preciso insistir en que los dos regímenes, aparentemente contradictorios, son las dos caras de una misma función textual.

Todas las similitudes textuales no son, por supuesto, pertinentes desde el punto de vista genérico; si no, la genericidad se identificaría con la totalidad de los estudios literarios, si definimos éstos como el estudio de los caracteres generales de los textos literarios. Cuando establecemos una clasificación genérica o cuando se estudia la productividad genérica de un texto dado, se plantea entonces el problema de los rasgos de similitud que se tendrán que seleccionar como pertinentes para la especificidad genérica.

Pienso que uno de los criterios esenciales que hay que considerar es el de la copresencia de similitudes en niveles textuales diferentes; por ejemplo, en el nivel modal, formal y temático a la vez. Por el contrario, no me parece necesario exigir del conjunto de esos rasgos que puedan integrarse para formar una especie de texto ideal determinado en su unidad: éste es sin duda el caso de la reduplicación genérica (así, cuando se leen muchas novelas policiacas, se llega a tener la impresión de que siempre se trata de la misma), pero en el momento de la transformación genérica, los rasgos seleccionados (por la transformación) están a menudo menos integrados. Así, la actividad de transformación genérica ejercida por *Don Quijote* en relación con las novelas de caballería, no estriba en el modelo completo, sino más bien en rasgos aislados elegidos en diferentes niveles: esa es la razón por la que la novela de Cervantes no es una imitación, ni el negativo de una novela de caballería, sino «otra cosa distinta» que se constituye *entre otras* (y sin reducirse a ser una de ellas!) a través de una transformación genérica.

El régimen de la transformación genérica es, no cabe duda, el mejor terreno de estudio para la genericidad, mientras que el régimen de la reduplicación no es apenas interesante. En lo que atañe al género como clasificación, sólo permite aprender bien conjuntos de textos unidos por lazos de reduplicación. En cuanto hay transformación gené-

rica, la clasificación ve en ella, o el comienzo de un nuevo género o un texto a-genérico. De ahí la tesis de que los grandes textos no serían nunca genéricos. El estudio de la genericidad textual, por el contrario, permite mostrar que los grandes textos se califican no por una ausencia de rasgos genéricos, sino, al contrario, por su extrema multiplicidad: basta con pensar al respecto en Rabelais o incluso en Joyce. El que estos rasgos sean más de transformación que de reduplicación no cambia nada para la naturaleza genérica de la función textual en la práctica. Existe genericidad en cuanto la confrontación de un texto con su contexto literario (en sentido amplio) hace surgir como una filigrana esta especie de trama que está unida a una clase textual y con relación a la cual se escribe el texto en cuestión: ya sea porque desaparezca a su vez dentro de la trama, ya sea porque la disloque o la desarme, pero siempre integrándose en ella, o integrándose.

Un último (?) punto: creo que hay que distinguir entre la genericidad, y por tanto también entre los géneros en sentido estricto, y aquello que, a falta de un término mejor, podríamos llamar el inventario de las relaciones textuales posibles. La relación genérica es una de esas relaciones, junto a las cuales podríamos citar la relación paródica, la relación de imitación, la traducción, la refutación, etc. Insisto en ello porque, a menudo, por ejemplo, se considera la parodia como un género, mientras que para mí está al mismo nivel de abstracción que las categorías de la genericidad, de manera que no puede formar parte de ella. La parodia es una relación textual posible (lo es desde siempre y en todas partes), mientras que un género es siempre una configuración histórica concreta y única. Lo cual deja totalmente en suspenso la pregunta sobre las similitudes entre la relación genérica y la relación paródica o la relación de imitación.

Sé muy bien que toda teoría es oscura y para poder juzgar realmente el posible valor de las sugerencias que preceden sería preciso ponerlas en práctica en estudios concretos. Pero pienso que de vez en cuando tal vez es necesario intentar ver un poco más claro lo que corresponde al itinerario que nos proponemos seguir y a los resultados que podemos esperar de él.